

---

*Julieta Campos*

# Los años y el mar

Sealtiel Alatríste

5 de septiembre de 2007: *Muere víctima de un cáncer pulmonar*  
la escritora Julieta Campos en su casa de San Ángel.

Era isleña, y como dicen los que han nacido rodeados por el mar, llevaba una ínsula injertada en el alma. La recuerdo una noche en el teatro, en donde el grupo teatral de la Universidad Veracruzana estrenaba la obra que acababa de escribir: *Jardín de invierno*. Guardo de ella una imagen que se funde con la de Betty Sheridan, la actriz que encabezaba el reparto. Julieta Campos está de pie en la entrada a la luneta, y su figura menuda se recorta en el haz de luz. Viene acompañada de Enrique González Pedrero, su marido, a la sazón Gobernador del Estado de Tabasco. Sonríe al público que la acompaña esa noche y va a sentarse a la primera fila. Me sorprende que recuerde su mirada pues habré estado sentado a unas doce filas de ella, y no es posible que tuviera una visión tan cercana de sus ojos. Mi memoria debe haber editado esa imagen, sobreponiéndole otras muchas como si de una película se tratara. Si algo llamaba la atención en Julieta Campos era la chispa que siempre despedían sus ojos. Tenía una mirada escrutadora, inteligente, que muchos confundían con arrogancia. Parecía querer comerse al mundo como si todo la intrigara, o mejor, como si intrigada por todo quisiera fundirse a través de sus pupilas con la realidad que la atraía sin pausa ni medida. La imagen que conservo de aquella noche de estreno, se funde entonces (hay un *fade out*, digamos) con el escenario, y veo un balcón iluminado, la estancia de una sala veraniega, y más allá, tras la ventana, el Mar Caribe. El rumor del viento que se escucha como un murmullo nostálgico inundando la sala. La Sheridan está al centro del escenario, casi inmóvil, con un pañuelo o un trapo de sacudir, no lo recuerdo bien,

agitándolo en el aire, como si el hecho de sacudir y despedirse fuera uno y el mismo. No me cabe duda, sé que está despidiéndose. Cuando se vive en una isla, rodeado por el mar, siempre se está despidiendo, y asear la casa es diariamente un rito de despedida. Me viene a la mente su primera novela, *Muerte por agua*, y un párrafo desordenado resuena en mi cabeza:

Son los años, los años... Los años, los años... Algo que se ha colado. Subrepticamente como si dijéramos. El mar, podría haberse colado el mar. Y la impresión es que no



Julieta Campos

© Paulina Lavieja

sólo a mí me pasa. Que a ustedes también. Se despierta uno dando tumbos. Por eso debe ser. Si se descuida se cae o se queda arrinconado contra la pared.

Debí comprenderlo entonces pero no lo hice, con aquella obra Julieta Campos estaba dándole una vuelta de tuerca a un tema que la obsesionaba: a nuestra alma se le cuele el mar para darle vida y traernos la muerte. Betty Sheridan estaba en la misma situación que el narrador de su novela, aterida porque el mar que se distingue más allá de la ventana cifra el rito de vivir y morir, al propio tiempo.

La madrugada del cinco de septiembre murió Julieta Campos como personaje de una de sus novelas, quizá lo había sido a lo largo de su vida, y nosotros, que la rodeábamos esperando el desenlace final, no lo comprendimos. En algún momento tuve la impresión de que la temporada de huracanes estaba al tanto del avance inclemente del cáncer en sus pulmones, pues dos días antes de que falleciera irrumpió con la fuerza de una tormenta tropical por una ventana e inundó el cuarto de visitas. Julieta debe haber escuchado el estruendo del viento desde su lecho, pudo haber sentido que el agua de lluvia empapaba el tapete que unos días antes había mandado cambiar. Era el mar inclemente que, desde miles de kilómetros, venía a despedirse de ella, o tal vez, ¿quién se atrevería a negarlo?, a

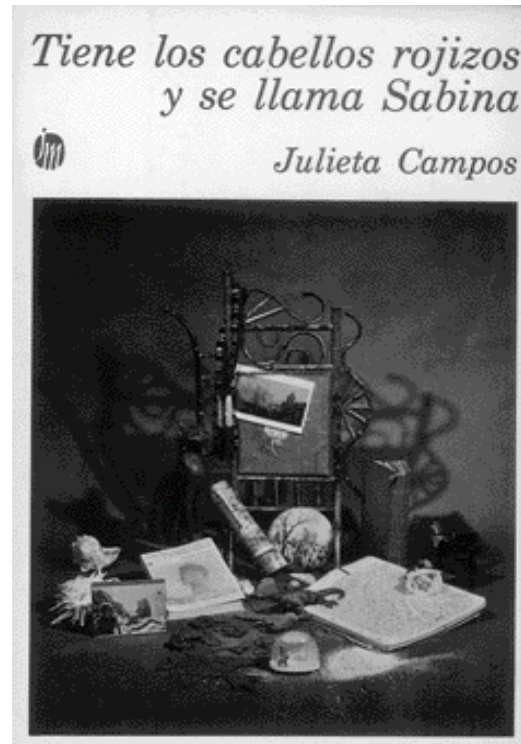
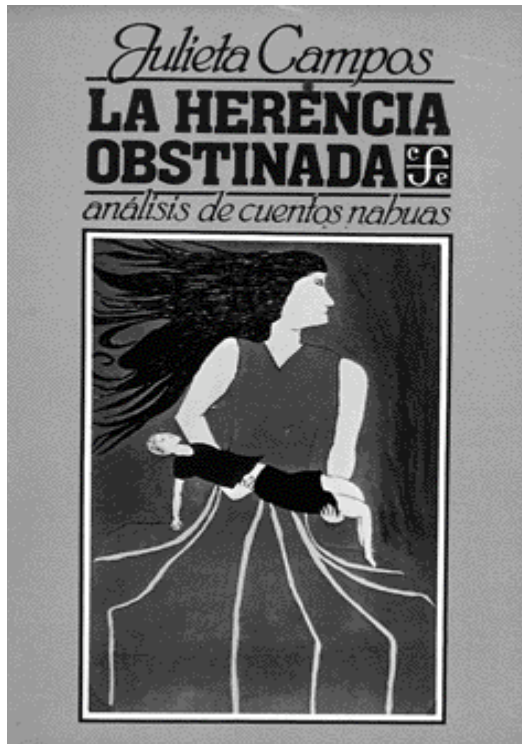
llevarse con sigilo su alma embravecida por la agonía.

Como lo ha contado su esposo, poco antes se había caído inesperadamente en la puerta de su cuarto. Con las pocas fuerzas que le quedaban en el cuerpo menguado por la enfermedad, se había levantado de la cama, y antes de cruzar la puerta se desvaneció. Esa noche le diría a Edna Rivera, una de las amigas que la acompañó durante las últimas semanas, que había vuelto la mirada para verse en un espejo pero no supo qué le pasó, perdió la conciencia, y al poco se encontraba en el suelo, doliéndose de una aguda punzada en la espalda. Supongo que, como le había sucedido tantos años antes al personaje que interpretó Betty Sheridan, buscando la imagen de su rostro vio el mar como si lo avistara a través de una ventana. Era el Mar Caribe de su infancia —su Mar— que había venido a despedirla, el mar que al principio de *Muerte por agua* se había colado subrepticamente dentro de su narrador. El mar que durante más de cien páginas trae el nombre de todos los narradores cubanos a su mente en su prodigioso relato, *La fuerza del destino*. El mar que resonaba en su ser, el mar que estaba haciendo agua en sus pulmones destrozados por el cáncer. El mar, el mar... Todos los años y el mar.

Julieta Campos había nacido en La Habana en 1932, y le gustaba contar que de aquella época le había quedado grabado en la piel un aliento salitroso y la sensación de que era imposible saberse en tierra firme: de alguna manera, el Mar Caribe siempre se hacía presente en su memoria. Al principiar la década de los cincuenta se marchó a París como todos los latinoamericanos del mediodía del siglo que querían ser escritores. Ahí encontró a su compañero de toda la vida. “Conocí a mi mujer en la Casa de México en París”, recordó González Pedrero en el velorio, “era en verdad una mujer bellísima, deslumbrante”. Desde entonces estuvieron juntos, regresaron a México para no irse más, y fueron parte de la *inteligentzia* que dio forma al México que dejaba atrás a la Revolución Mexicana. Julieta fue profesora de la Universidad Nacional Autónoma de México, fundadora de la Escuela de Estudios Superiores de Acatlán, y directora de la *Revista de la Universidad de México*, a la que devolvió la brillantez de sus primeras épocas. Durante esos años publicó varias novelas que fueron parte de la vanguardia literaria nacional, y fue la exponente más destacada de una suerte de *nouveau roman* a la mexicana. Era tan inquieta como lo demostraba su mirada, y no se conformó con la experimentación literaria ni con la vida académica, y cuando su marido ganó las elecciones para la gubernatura de Tabasco, se entregó con furia al trabajo para conseguir el bienestar de los pobres que pululaban por todas las ciudades de aquel estado del sureste. La justicia social se convirtió entonces en una de sus obsesiones, y fue de los pocos políticos que comprendieron que el quehacer cultural era indispensable



© Paulina Linares



para consolidar el progreso económico. Si el gobernador, su marido, concibió el programa de *Techo, cocina y letrina*, con que intentaba dotar de lo mínimo a cada hogar tabasqueño, ella se afanó en construir un paseo al lado del Río Grijalva para que la capital, Villahermosa, diera sentido a su nombre. Dos obras fueron la piedra de toque de ese paseo: de un lado, la gran Biblioteca que alberga la sabiduría bibliográfica de Julio Torri; y del otro, el *Toro echado* de Juan Soriano, una de las esculturas más hermosas del arte mexicano. Cuando finalmente dejó Tabasco, se enfrascó en un estudio monumental, *¿Qué hacemos con los pobres?*, un ensayo de más de mil páginas, en el que demuestra que la pobreza pende como espada de Damocles sobre la cabeza de cada uno de nosotros, y se atrevió, incluso, a ofrecer soluciones para un asunto tan lacerante.

Descubrió su enfermedad dos años antes de su muerte, pero su enorme vitalidad no le permitió tomársela en serio. Era fuerte, se creía fuerte, trabajaba enérgicamente en el Gobierno del Distrito Federal como Secretaria de Turismo, y estaba convencida de que la Ciudad de México podía regenerarse y volver a ser un sitio agradable para los capitalinos. Hizo lo que nadie había hecho por el Paseo de la Reforma en cincuenta años, convencida una vez más de que los símbolos culturales convocan el entusiasmo de la ciudadanía. Desgraciadamente no leyó con eficacia los mensajes de la enfermedad, y un día se vio asaltada por una asfixia sin control que la condujo al hospital ABC. Un tumor maligno se había hecho dueño

y señor de uno de sus pulmones, y tuvo que someterse a una operación de pleura. Con su enorme ánimo, con el entusiasmo que tuvo para escribir un libro de viajes, luchó a brazo partido contra la enfermedad pero con poca fortuna, y poco a poco el cáncer inclemente fue minándola. Pudo, sin embargo, terminar el libro, hablarle a su editora, Marisol Schultz, entregárselo, y levantarse de su cama por última vez para ver cómo había quedado el cuarto de visitas, pues había mandado cambiar el tapete *beige* por uno azul que le recordara el mar. Antes de abandonar su recámara tuvo la tentación, como Eurídice, de volverse para mirar su rostro en un espejo. Alguna vez había escrito que “los espejos siempre tienen manchas negras y uno se quiere mirar en ellos pero lo que ve es otra cosa”. Si fue una frase profética, nadie sabe lo que Julieta descubrió en la hoja brillante de luz aquella tarde antes de morir, pero todos sospechamos que en ese momento se abandonó a su suerte y se desmayó. Quizá vio su rostro, observó sus ojos curiosos, descubrió en ellos el mar de su infancia, y supo que había llegado el fin. No puedo evitar pensar que en ese último instante recordó la frase que condensa su primera novela: “Son los años, los años...”. Frente a sí tenía la laguna Estigia y la barca de Caronte, quien la esperaba para transportarla a la otra orilla. Era el agua, la muerte agua, los años, los años y el mar, pudo haber dicho con la angustia que la cercaba, y se entregó en paz a su destino. La temporada de huracanes, mientras tanto, no apagaba el lamento que la traía desde el Mar Caribe, su Mar. [U]